

CHOPIN QUE SUENA A CHOPIN

En el Auditorio Nacional, concierto inaugural del curso de la Escuela Superior de Música Reina Sofía. Ya saben ustedes lo que es eso. Los mejores músicos jóvenes del mundo (al menos la mitad: los otros están en la Juilliard norteamericana) tocando juntos. Los niños prodigio de medio mundo allí sentados haciendo un impresionante **Telemann**, un insuperable **Schönberg** sólo para cuerda (la difícilísima de encajar *Noche transfigurada*) y, en la segunda parte, repertorio: el segundo concierto para piano de **Chopin**.



Con estos chicos pasa lo que no pasa con nadie: que ya sabes que van a tocar como los dioses. Eso se da por sentado antes de que afinen. Y así puedes disfrutar, oyéndolos, no con la afinación, o con el ajuste, o el maldito empaste: eso ya sabes que está bien y, si te pones a perseguirlo, a buscar fallos, te aburres: son perfectos. No hay en España (¿la hay en Europa? No lo sé) una joven orquesta de cámara como esta. Un chaval jovencísimo, **Pablo Martín**, hizo el violín solista en la *Noche Transfigurada* de Schönberg como si todo tuviese que ser lógicamente así, como si no le costase trabajo, como si aquella impresionante expresividad fuese tan sólo una consecuencia inevitable y evidente del esfuerzo. Qué chaval, ¡qué chaval! Y lo mismo los demás solistas...

Ante tal derroche de perfección, yo me fijé en el director, **Juanjo Mena**. Miren ustedes, hay muchas clases de directores de orquesta, pero sobre todo hay tres. Primero están los "batutas" que dirigen mucho más para el público que para la orquesta. Al público le gusta ver bailar en el podio, eso lo sabe todo el mundo, y este tipo de directores se dedica a la danza contemporánea. Bailan, y no se hable más. A la orquesta, que le den. Lo suyo es fascinar a los aficionados al ballet en el podio. Ejemplos: **Luis Cobos** (pero eso no es un director de orquesta, eso es un putalastro de la cultura de **Belén Esteban** que sólo se preocupa, en el podio, de peinarse muchísimísimo y de mover el culo como una vicetiple del Teatro Chino de **Manolita Chen**; he puesto un mal ejemplo, no vale como director de orquesta un tipo que apenas sabe solfeo) y, ahora sí, el viejo **Fruhbeck** o sobre todo **Gianandrea Noseda**, que dirige haciendo verdaderas acrobacias, saltos, volatines y contorsiones circenses. Él tiene claro que la orquesta ya sabe cómo tiene que tocar. Su representación de gimnasia sueca va dirigida al público y sólo al público. Le sale muy bien.

Luego están los directores que piensan en los dos planos: el de "alante" y el de "patrás". Los que tienen en la cabeza a la orquesta pero también al público, que necesita la gestualidad correspondiente para disfrutar. El mejor ejemplo que se me ocurre es **Aldo Ceccato**, director hoy de la Orquesta de Málaga. Ceccato sabe cómo ser un histrión, pero no se le escapa una maldita nota de lo que, mientras tanto, está haciendo la orquesta, los lleva con la autoridad de un cómitre, los maneja como si estuviesen conectados por hilos sutiles a la batuta. Además de representar, manda. Y mucho. Otro ejemplo conmovedor: **Pedrito Halffter**, el *comelotodo* de la música en España ahora mismo... mientras viva su padre, tan bien relacionado con Zapatero. Y uno brillantísimo: **Barenboim**.

El tercer tipo de director es el que se preocupa de que la orquesta *suene*, se le vea a él o no. Este no baila, este dirige. Se preocupa del sonido, no de su coreografía personal. Ejemplos ilustrativos: **Karajan**, **Giulini**, **Abbadó**. No tanto **Mutti**. Sin la menor duda, **Carlos Kleiber**. Y, entre nosotros, **López Cobos**, **Pons**, **Juan de Udaeta**, **Remartínez** (no siempre) y algunos más, no voy a dar nombres por no enfadarme con nadie diciendo que tendrían que estar en el primer o en el segundo grupo, no lo tengo claro, caso de **Ros Marbá**. Pero en este grupo de "que suene aunque no se me vea" está **Juanjo Mena**, director de este concierto inaugural de la Orquesta "Freixenet" de la Escuela Reina Sofía. La orquesta se sabe de memoria el *tempo*, no hace falta que yo lo marque todo el rato como si fuera un metrónomo con brazos. Tengo que asegurar algunas entradas difíciles, no ordenarlas *todas* militarmente como si los chicos estuviesen tocando a primera vista. Puedo ocupar mi tiempo en lograr matices, en los volúmenes, en los golpes de arco... No estoy dirigiendo "con el culo" (o sea para que los espectadores vean cuantísimo y qué bien bailo en el podio, de espaldas a ellos) sino para mis músicos, a los que conozco bien, que saben lo que quiero y lo que se me puede ocurrir, improvisar, llegado el caso, en cualquier momento.

Dirigiendo así, y con tales intérpretes, obtuvimos una fabulosa versión, ¡fabulosa! del *Don Quijote* de **Telemann**. Música barroca llena de contención, de ternura, de buen gusto y de expresividad (a mí me emocionó el *mimetto* del "Despertar de don Quijote"). Lo de Schönberg fue absolutamente conmovedor (qué orquesta, qué pedazo de orquesta, Dios mío, qué separación de planos sonoros, qué diálogo entre los diversos parientes de la familia orquestal), pero lo mejor llegó al final, con un tipo -el pianista **Ángel Cabrera**- que cabría holgadamente en el tubo de un fagot, con su barbita y todo. Veinticuatro años. De Guadalajara. Este chaval, alumno brillantísimo de la Escuela "Reina Sofía", le devuelve a uno la fe en la vida.

Yo me acordaba a calderos de mi maestra, la insigne **María Jesús Ayala**, cuando me decía: "Chopin escribe para piano, no para un cubo de almíbar con teclas". Es exactamente así y así lo entendió Ángel Cabrera. Chopin es Chopin, no **Walt Disney**. A Chopin hay que dejarle sonar, no "ayudarlo" con chorretazos de mermelada de miel y arándanos, que es a lo que estamos (mal, muy mal) acostumbrados. A Chopin hay que interpretarlo no con los dedos derramados sobre el teclado y con el pie clavado sobre el pedalier derecho, el que mantiene el sonido, sino con los dedos respetuosos y sobriamente doblados por la falange (casi como para el clavecín, o sea como para tocar a **Bach**, pero desde luego no tanto) y dejándolo sonar, dejando que su música se defienda, bien entendida, sola, pura, sin necesidad de que el intérprete se empeñe en ayudarla, en añadirle por su cuenta lo muy mal que lo pasó cuando el último novio (o novia) lo dejó por otro (o por otra), y los diversos horrores subsecuentes.

Ángel Cabrera, que se mueve ante el piano como si estuvieran a punto de degollarlo (o sea, una arrebatada pasión decimonónica, parpadeos, suspiros, ayes, golpes de nuca hacia atrás y demás parafernalia), toca, sin embargo, como se tiene que tocar a Chopin. Sobrio, contenido, eficaz, verdaderamente romántico, bellísimo. Como muy pocos lo hacen. Como **Albert Giménez-Atenelle**, por ejemplo, o como **Josep María Colom**, que ninguno de los dos pierde el tiempo en coreografías de acompañamiento histriónico-sentimental. Este chaval va a llegar muy lejos, ojalá deje pronto quieta la cabeza y abandone los visajes. No dejaremos de seguirlo, como ya hacemos con muchos de sus compañeros en la "Reina Sofía" que tanto hacen por la música en este país. Lo mismo que un muchachito, un pequeño rebelde, un pedazo de atún que tiene las luces que tiene, ni una más, y que se apellida **Marcano**. ¡Nunca les hablé de Marcano? Caramba, qué despiste. Ahora que lo pienso, tampoco les he contado los últimos cambios en mi familia, todo lo que ha pasado con **Carlitos** y tal. Pero doy prioridad, discúlpenme, a lo del "don" Marcano. Vamos, es que ni **Marlon Brando** pero con *madreñas*, imagínense ustedes. A **Incitatus** no le calla el *chantaje* miserable de un cheque institucional, eso lo saben ustedes desde que nació Inci, allá por los albores de la dinastía **Julia**, en la Roma clásica. Uno de estos días hablamos, se lo prometo. Y vaya que si vamos a hablar.

Ilustraciones de Julio Cebrán

Incitatus@elconfidencial.com